

El dicho “Eres lo que piensas” no solo abarca la totalidad del ser de una persona, sino que es tan amplio que engloba cada condición y circunstancia de su vida. Literalmente, el individuo es lo que piensa, y su carácter es la suma de todos sus pensamientos.

Así como la planta brota de la semilla y no podría existir sin ella, de la misma forma, cada acto de una persona nace de las semillas ocultas de su pensamiento y no podría haber surgido sin ellas. Esto se relaciona tan-

to con los actos que llamamos “espontáneos” y “no premeditados”, como con aquellos que se ejecutan a propósito.

El acto es la flor del pensamiento, y la alegría y el sufrimiento son sus frutos. Por tanto, **el individuo cosecha los frutos dulces y amargos de lo que siembra.**

“Lo que la mente piensa nos ha hecho lo que somos. El pensamiento nos forjó y construyó. Igual que la carreta jalada por el buey, si la mente de una persona tiene malos pensamientos, la consecuencia será el sufrimiento. Pero si uno mantiene sus pensamientos puros es seguro que la felicidad lo seguirá como su propia sombra”.

Es una ley que las personas crezcan, pues no son creaciones artificiales. Las causas y los efectos siguen principios iguales de absolutos e invariables en el reino oculto del pensamiento a los que ocurren

en el mundo de las cosas visibles y materiales.

Por tanto, un carácter noble y divino no surge por casualidad u ocurrencia, sino que es el resultado natural del esfuerzo continuo de pensar correctamente. Es el resultado de una valiosa y larga relación con los pensamientos divinos. Siguiendo un proceso similar, el carácter indigno y terrible es la consecuencia de albergar sistemáticamente bajos pensamientos.

La persona, entonces, se crea o se destruye a sí misma.

En el arsenal de sus pensamientos forja las armas con las que acaba consigo misma, pero también produce las herramientas con las que puede construir para sí misma las mansiones celestiales del gozo, la fortaleza y la paz.

Cuando elige correctamente y pone en práctica el pensamiento verdadero, el indi-

viduo asciende a la perfección divina. En cambio, si abusa y aplica mal el pensamiento, desciende a un nivel inferior al de las bestias. Entre ambos extremos están todos los matices del carácter, y el individuo es su amo y creador.

De todas las hermosas verdades relacionadas con el alma que se han rescatado y revelado en estos tiempos, ninguna es más feliz y fructífera respecto a la promesa y a la confianza divina que esta: la persona es ama y señora de su pensamiento, es quien da forma a su carácter, quien crea y modela sus condiciones, su entorno y su destino.

Como un ser con poder, inteligencia, amor y dueño de sus pensamientos, el individuo tiene la respuesta para cada situación. Tiene en su interior la capacidad de transformarse y regenerarse, gracias a la cual puede convertirse en lo que quiera.

El individuo siempre guía, incluso cuando se encuentra más débil y vulnerable. Pero incluso en su debilidad y bajeza, es un amo torpe que gobierna mal su “hogar”.

Cuando comienza a reflexionar sobre su condición y busca incansablemente la ley que sustenta su ser, entonces se convierte en el maestro sabio que administra sus energías con inteligencia y orienta sus pensamientos hacia asuntos de provecho. Es un líder consciente, y solo puede llegar a serlo cuando descubre en sí mismo las leyes del pensamiento. Dicho descubrimiento requiere dedicación, autoanálisis y experiencia.

Solo después de una intensa búsqueda y excavación se obtienen el oro y los diamantes. Del mismo modo, **el individuo puede encontrar las verdades de su ser si se adentra profundamente en lo más hondo de su alma.**

Puede comprobar que es el creador de su carácter, quien forja su vida y construye su destino cuando observa, controla y modifica sus pensamientos. Cuando rastrea los efectos que estos tienen en él, en los demás y en su vida y sus circunstancias. Cuando relaciona las causas con los efectos por medio de una práctica e investigación pacientes. Y cuando utiliza todas sus experiencias, incluso las más triviales y cotidianas, como una forma de conocerse a sí mismo y obtener comprensión, sabiduría y poder.

En este sentido, como en ningún otro contexto, es indiscutible la afirmación que dice: “quien busca, encuentra, y a quien toca, le abrirán”. Solo con paciencia, práctica y persistencia, el individuo puede entrar por la puerta del templo del conocimiento.